



*VERDADERA RELACION
de los trágicos azares que ocasionan las mu-
geres amigas de bromas y licores á sus po-
bres maridos, sin atender al corto jornal que
ganan, con lo demás que verá el curioso.*

PRIMERA PARTE.

Hoy pretendo mi rudeza
á mi auditorio explicar
lo que hacen las mugeres
cuando salen á comprar.

Hablaré por las casadas,
las de corto zagatejo,
con la mantilla caída
y de mediano gracejo.

Estas salen á las ocho
á las plazas á comprar,
llevan la cesta en el brazo
y á otras suelen encontrar.

Aunque no sean conocidas

se saludan cortesmente,
y dicen: vamos, vecinas,
á beber el aguardiente.

Dice la mas descarada:
eche usted unas copitas,
porque estoy mas asustada
que las animas benditas.

¿Qué tienes, dice la otra,
que estas tan acogojada?
Te lo diré si me escuchas
palabra sobre palabra.

Si, muger, di cuanto quieras,
que yo me alegraré mucho

de saber cuanto te pasa
es todo mi mayor gusto.

Pues ya que me das licencia,
has de saber Marianita
que el bribon de mi marido
me tiene la sangre fría.

Con la muger del Cabrero
gasta todo su jornal,
y como es corto no podemos
satisfacernos de pan.

Sino fuera por mis mañas
que le sé coger la vuelta,
para hablar con mi querido,
ya estaría de hambre muerta.

Este es un gallardo mozo;
pero aunque no tiene oficio,
solamente su presencia
tiene mi afecto propicio.

Él me trae de la casa
de sus padres cuanto puede,
y regala á mi vecina
porque avise cuando viene.

Yo no sé porque persona
mi marido lo ha sabido,
que lo mismo que un demonio
de continuo está conmigo.

Diariamente una peseta
solo me dá para comprar,
y ésta quiere de que alcance
para comer y cenar.

Para almorzar sabes qué hago,
sino viene mi querido,
unas sopas y un torrezno
y medio chico de vino.

Pero muger, ¿no bebemos?
vaya otra ronda, Juliana;
esta dice: eche usted copas
y dos bizcochos por barba.

Responde la Micaela,
sino lo tomas á enojo,
no puedo menós decirte

que lloras con solo un ojo.

Tu marido no es tan malos
pues tanto te maravillas:
no hay día el mio que á mi
no me sobe las costillas.

Si el mio á mi me entregára
una diaria peseta,
no me habia de ganar
ninguna á estar petrimeta.

Yo no soy tan desgraciada,
replicó la Micaela,
tengo buen palmo de cara
y no falta quien me quiera.

Y por último, señoras,
hasta ahora no hemos bebido,
echese por mi una ronda
y vengan todas conmigo.

Todas pagaron tres veces
antes de ir á comprar,
y dan palabra á Micaela
que la han de acompañar.

Salen todas en tropel
en amor y compañía,
y en seguida se metieron
en una buñolería.

De estos mandaron sacar
con palabras indecentes,
que la fuerza del licor
ya las tenia dementes.

Comieron sin saber que,
mirándose unas á otras,
hablando casi en frances
dicen: ¿quién hará las compras?

Dá el relox las diez y media
y se fueron á comprar,
y la que gastó los cuartos
se ha tenido que empeñar.

Dejemos en este estado
aquesta primera plana,
que en otra segunda parte
la daré finalizada.

SEGUNDA PARTE.

Ya dije en la primer parte como fueron á comprar cada cual por su camino con incomparable afan.

Lo mas caro y lo peor toman sin regatear sin mirar que su marido gana muy corto jornal.

Este sale al ser de dia y dice: mira muger, por Dios que á las doce en punto he de venir á comer.

Viendo ésta que son las once, por no tener desazon, corriendo enciende la lumbre echando doble carbon.

Garbanzos, carne y tocino echa á un tiempo en el puchero sin fregar por no acordarse de haberlo hecho primero.

Tanta prisa le dá al fuelle, que se olvida de quitar la espuma que hace la carne porque la echó sin lavar.

Pica al punto la verdura, dan las doce menos cuarto, y con un papel de estraza limpia cucháras y plato.

Al fin, ya viene el marido, y ésta que le vé entrar, dice: ahora llega la mia, y así le principia á hablar.

Mal haya sea el tendero que me ha dado unos garbanzos los mas caros y mas duros, no hay lumbre para ablandarlos.

Apenas tu te salistes, cuando los puse á cocer,

y aunque quieras, á su tienda no he de volver otra vez.

De manera, hombre, que estoy enteramente aburrída, que no he podido hacer mas que atender á la comida.

El marido la responde: has atendido muy bien, ¿no te dije que á las doce habia de venir á comer?

Pon la mesa y vamos pronto que yo me voy á marchar, y sin comer no me voy, que tengo que trabajar.

Deja le echaré la especia y unos granitos de sal, y mientras tanto en el plato las sopas puedes cortar.

Ya remojaron las sopas y han principiado á comer, cuando notan de que el caldo amargaba como hiel.

Muger de dos mil demonios, dónde tienes el sentido? te has empeñado el estar en campal guerra conmigo?

Esto no es para cristianos, al punto esas sopas quita, y porque nadie las vea echalas en la garita.

Los garbanzos en la olla todos se habian pegado, y con la fuerza de la lumbre se habian asocarrado.

Y viendo aquesto el marido, todo falto de paciencia, olla, comida y cucháras se lo tiró á la cabeza.

Con un hueso de la carne,
como era de cabeza,
se le ha clavado en un ojo,
y cayó en el suelo traspuesta.

Maldiciendo su fortuna
se fué el pobre á trabajar,
y ella volviendo en su acuerdo
ha comenzando á gritar.

Favorecerme, vecinas,
que me mata mi marido,
llamen la justicia, y esta
que lo ponga en un presidio.

Acude la vecindad
y viéndola ensangrentada,
la dicen: por qué ha sido esto?
y ella responde: por nada.

Lllaman en fin al alcalde,
y con él á un cirujano,

y atajándola la sangre
á su marido llamaron.

Este dando su descargo
en buena declaracion,
por curarla, al cirujano
tuvo que darle un doblon.

Al alcalde tres ducados,
al ministro una peseta,
y por último remate
se quedó su muger tuerta.

Esto sucede á menudo,
nadie lo puede dudar:
qué haya hombres viendo esto
que se atrevan á casar?

Ojo, alerta, caballeros,
tomar en esto dechado,
mientras merece el perdón,
el autor Pablo Cruzado.

F I N

Valladolid, Imprenta de Santaren.